

5ª SESIÓN: LA IDENTIDAD DE JESÚS Y REACCIONES A SU PERSONA (MT 11-12)

¿QUIÉN ES JESÚS? ACOGIDA O RECHAZO



INTRODUCCIÓN

Estimados lectores, amigos de la Biblia.

Después de escuchar la enseñanza Jesús (Mt 5-7) y de haber sido testigos de sus acciones (Mt 8-9), la pregunta de los discípulos de Juan el Bautista a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3), nos sitúa ante la IDENTIDAD DE JESÚS, mientras aparece, más y más patente, LA OPOSICIÓN DE LOS REPRESENTANTES DEL JUDAÍSMO A SU PERSONA¹.

Conforme avanzamos en la lectura del evangelio de Mateo, vamos conociendo a Jesús, su autoridad y las diversas reacciones

¹ Antes, en Mt 10, Jesús ha llamado a sus discípulos, los ha instruido y enviado a predicar, dándoles poder para expulsar demonios y curar enfermedades.

que suscita entre los discípulos y la gente, al tiempo que va cobrando densidad, hondura y autoridad, también entre nosotros.

JESÚS Y EL BAUTISTA: ¿QUIÉN ES JESÚS? (MT 11,2-24)

¿QUIÉN ES JESÚS? (MT 11,2-6)

Hasta la prisión de Maqueronte, donde está encerrado por Antipas, le llegan al Bautista noticias de Jesús, y lo que oye le deja desconcertado porque no responde a sus expectativas. Él esperaba un Mesías que se impusiera con la fuerza terrible del juicio de Dios, salvando a quienes han acogido su bautismo y condenando a quienes lo han rechazado, pero no es eso lo que está sucediendo. “¿Quién es Jesús?”, se pregunta.

Para salir de dudas, envía a dos discípulos a preguntar a Jesús sobre su verdadera identidad: «¿ERES TÚ EL QUE HA DE VENIR O DEBEMOS ESPERAR A OTRO?». La respuesta de Jesús es muy concreta y precisa: COMUNIQUEN A JUAN «LO QUE ESTÁN VIENDO Y OYENDO» (v.4). Ellos le preguntan por su identidad y Jesús les responde haciéndoles ver su acción salvadora en favor de los enfermos, los pobres y desgraciados, sin recursos ni esperanza de una vida mejor:

*Los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos
quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y
a los pobres se les anuncia la Buena Noticia (v. 4-5).*

LA PARADOJA DE JESÚS

Jesús daba signos evidentes de la llegada del Reino y el Bautista debía encontrar respuesta a su pregunta en las obras de Jesús. Se cumplían las promesas (Is 26,19;29,18; 35,5-6; 61,1). Había llegado el tiempo de la salvación, pero ¿por qué resultaba tan chocante? Si la salvación era lo que el ser humano más deseaba (¿qué otra cosa mejor podía anhelar que la superación del mal y la liberación de los humillados de la tierra?) ¿POR QUÉ SU PERSONA ERA PRECISAMENTE LA PIEDRA DE TROPIEZO?

Es necesario reflexionar sobre esto: con Jesús llega el Reino; pero no para que responda a nuestras necesidades, satisfaga nuestros deseos más primarios y esté a nuestro servicio. Lo que no permite apropiarnos de él es la misma persona de Jesús, pues en él

se manifiesta el Dios que nos sobrepasa, al que no conseguimos entender ni controlar: Dios como Señor de la historia.

En la respuesta de Jesús a los enviados de Juan están los dos elementos: LA ATENCIÓN A NUESTRAS NECESIDADES: “los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva”, y EL ANUNCIO DEL ESCÁNDALO QUE SU PERSONA VA A PROVOCAR: “¡y dichoso aquel que no se escandalice de mí!” Porque, de hecho, es un escándalo que un Jesús bueno, manso y humilde, muera del modo que murió y hacía falta algo más que las promesas del Antiguo Testamento para comprender que el Reino tenía que pasar por la muerte ignominiosa del Mesías.

Muchos se sentirán defraudados: las autoridades judías descalificarán su autoridad, los discípulos de Juan y el mismo Bautista dudarán y, en el camino hacia Jerusalén, sus discípulos manifestarán serias dificultades para aceptar un mesianismo que pasa por la cruz. Lo mismo sucede hoy: nos cuesta aceptar un Dios cuya intervención en la historia no sea desde la fuerza y la potencia, sino desde el amor, el servicio y la humildad, tan débiles e ineficaces en apariencia.

CERRAZÓN DE ISRAEL (MT 11, 16-24)²

Dios ha actuado por Juan y ahora lo hace por Jesús, pero HAY UNA CERRAZÓN PREOCUPANTE POR PARTE DE ISRAEL. Son como niños:

¿Con quién compararé a esta generación? Se parece a unos niños que, sentados en la plaza, gritan a los otros: “Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado. Hemos cantado lamentaciones y no habéis hecho duelo”

Porque vino Juan que ni comía ni bebía, y dicen: “tiene un demonio dentro”. Vino el Hijo del Hombre, que comía y bebía, y dicen: “vaya un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11,16-19).

El mensaje es claro: la actitud de Israel ante la acción de Dios en Juan y en Jesús es siempre la misma: el rechazo. Hagan lo que

² Texto extraído, con algunas alteraciones, de: MARTA GARCÍA FERNÁNDEZ, Mateo, Estella (Navarra), Verbo Divino, 2015, p. 152-156.

hagan se les critica, sin implicarse con su mensaje. Se limitan, como dice el refrán, a “ver los toros desde la barrera”, resistiéndose a convertirse, algo para lo que siempre encuentran justificación.

Por eso la actuación de Israel, el pueblo escogido, concretada en dos ciudades: Corozain y Betsaida, es más grave que la de dos ciudades paganas, Tiro y Sidón, que tipifican la arrogancia y el orgullo, porque si en estas se hubieran hecho los signos que Jesús ha hecho en ellas, se hubieran convertido y aquellas no lo han hecho. Y lo mismo sucede con Cafarnaúm, a quien Jesús compara con Sodoma y Gomorra, expresión ambas de la máxima corrupción.

Lo que hace más grave la actuación de Israel, tan semejante a la de estas ciudades, es que Israel (la Iglesia hoy) ha sido objeto de una especial predilección de Dios y testigo cualificado de una revelación particular, por lo que debería comportarse de otro modo. Así, la elección, siendo privilegio, se convierte ahora en agravante y por eso la sanción “el día del juicio les será más llevadero a ellas que a tí” (v, 22,24).

A pesar de ello, Jesús continuará predicando y curando en Galilea.

EL PADRE SE REVELA A LOS SENCILLOS (MT 11,25-30)³

¿QUIÉNES SON LA GENTE SENCILLA?

Jesús nos sorprende dando gracias a Dios por revelar sus secretos a la gente sencilla y ocultársela a los sabios y entendidos: «Te doy gracias, Padre...»

Los sencillos no son quienes no tienen acceso a grandes conocimientos o no son expertos en las cosas de religión por el simple hecho de serlo, sino que, en la línea de la 1ª bienaventuranza, sin bienes o conocimientos que se lo impidan, SE ABREN MÁS FÁCILMENTE A DIOS CON CORAZÓN LIMPIO Y SE DISPONEN A DEJARSE ENSEÑAR. A ellos el Padre revela su amor a través de Jesús y ellos le entienden como nadie. Contrariamente, LOS «SABIOS Y ENTENDIDOS» NO ENTIENDEN NADA. Ellos tienen su propia visión docta de Dios y de la religión, creen saberlo todo y no necesitar aprender nada nuevo.

³ Extraído, con algunos añadidos propios, de: JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *El camino abierto por Jesús - Mateo (4ª ed.)*, Boadilla del Monte (Madrid), PPC 2011, p. 126-132, donde se encuentra el texto completo.

Su visión cerrada y su corazón endurecido les impiden abrirse a la revelación del Padre a través de su Hijo.

La mirada de los sencillos es, de ordinario, más limpia. Saben lo que es sufrir, sentirse mal y vivir sin seguridad y al no haber en su corazón tanto interés torcido, van a lo esencial, por eso son los primeros en entender el evangelio.

Hay personas sencillas que no parecen necesitar grandes ideas ni razonamientos. Intuyen enseguida que Dios es «un Dios oculto», y de su corazón nace espontánea una invocación: «Señor, muéstrame tu rostro». Las hay que viven dando gracias a Dios. Disfrutan de lo bueno de la vida, soportan con paciencia los males; saben vivir y hacer vivir. De su corazón parece estar siempre brotando la alabanza al Creador. Su vida es un acierto y sus ojos brillaban de forma especial cuando escuchan textos como estos:

«Yo soy el Señor, tu Dios... Tú eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te quiero... No temas, que estoy contigo» (Isaías 43,4).

*«Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente ternura el Señor por quienes le temen. Pues él sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos barro»
(Salmo 103,13-14).*

Sí, Dios se revela a gente sencilla.

“VENID A MÍ LOS QUE ESTÁIS CANSADOS...”

¿Qué es descansar? ¿Es suficiente recuperar nuestras fuerzas físicas, tomando el sol a la orilla del mar? ¿Basta con olvidar nuestros problemas y conflictos sumergiéndonos en el ruido de nuestras fiestas y verbenas?

Necesitamos, antes que nada, encontrarnos más profundamente con nosotros mismos y buscar el silencio, la calma y la serenidad que tantas veces nos faltan durante el año, para escuchar lo mejor que hay dentro de nosotros y a nuestro alrededor.

Necesitamos recordar que una vida intensa no es una vida agitada. Queremos tenerlo todo, acapararlo y disfrutarlo todo. Y nos hacemos rodear de mil cosas superfluas e inútiles que ahogan nuestra libertad y espontaneidad.

Necesitamos redescubrir la naturaleza, contemplar la vida que brota cerca de nosotros, detenernos ante las cosas pequeñas y las gentes sencillas y buenas. Experimentar que la felicidad tiene poco que ver con la riqueza, los éxitos y el placer fácil.

Necesitamos recordar que el sentido último de la vida no se consigue sólo con el esfuerzo, el trabajo y la lucha, sino que se nos revela con más claridad en la fiesta, el gozo compartido, la amistad y la convivencia fraterna.

Pero necesitamos, sobre todo, y a esto se refiere Jesús, ARRAIGAR NUESTRA VIDA EN DIOS, fuente del verdadero y definitivo descanso. ¿Puede descansar el hombre sin encontrarse con Dios?:

«Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28).

SITUACIONES QUE NOS IMPIDEN VIVIR (MT 11,28-30)⁴

Yo reconozco... que mi modo de relacionarme no es el que parece ser, sino otro más confuso, herido y complejo del que aparento.

Reconozco que tengo heridas sin sanar en mi interior, heridas tan viejas como yo misma y que a veces no sé y otras veces no quiero sanarlas, porque temo a la vida que se abriría más allá de lo que conozco. Reconozco que esas heridas antiguas condicionan mis modos de ser y mis relaciones. Que no voy libre ni suelta para encontrarme con los otros, porque lo viejo pesa demasiado y lastra también las relaciones nuevas que se me ofrecen para vivir.

Reconozco que en mi interior escucho también voces que me hablan, en tono siempre insatisfecho, de queja y demanda constante, que logran irritarme y hacen que desee irme lejos y, cuando esto sucede, me expreso irritada e iracunda, anulando o dificultando en buena medida la expresión de lo que soy. Reconozco, Jesús, que se me hace duro vivir así...

Reconozco que la preocupación por el «qué dirán» me condiciona de tal modo que vivo mi vida como si estuviera ante

⁴ Extraído de TERESA IRIBARNEGARAY, *En el centro Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (Col. "Pastoral" 107) Santander, Sal Terrae, 2019, p. 261-268.

miles de espectadores, por lo que no conecto con mi interior, sino que me vuelvo loca ante las infinitas y posibles (o imposibles) exigencias que pudieran presentarse.

Reconozco que me he hecho una vida a mi medida, que me adorno con lo que tenían que ser dones, que estoy apoyada en lo que he conseguido y que no estoy dispuesta a perder nada que me permita decir «yo».

Reconozco que estas formas de vida inventadas por mí me alejan de la verdadera vida.

Reconozco que sería un descanso podértelo dejar todo, Jesús, y que me dieras a cambio «tu yugo suave y tu carga ligera», pero quizá porque siento tanta dureza dentro, me cuesta creer que sea tan fácil como lo dices. Y, además, ¿qué sería de mí entonces, de lo que me he construido?

Reconozco que en mi interior hay algo muy oscuro que me domina y que no me atrevo a sacar a la luz, porque lo siento parte de mí y, aunque sé que es malo, es mío.

*

Reconozco que la ira me ciega y me oscurece. Reconozco que por causa de la ira he roto muchas relaciones, he roto a muchas personas y a mí misma. Reconozco que tengo el corazón lleno de rabia y de impotencia. Reconozco que no sé cómo hacer para salir de aquí. Me gustaría que Jesús me enseñara su modo de enfadarse que no rompe, sino que ilumina, e hiciera, de algo tan mío como la ira, un don al servicio de los demás.

Reconozco que mi actitud en la vida es la de intentar complacer a los demás. Digan lo que digan, lo apruebo y lo celebro como si me pareciera lo mejor del mundo. Tengo tanto miedo a que me rechacen que ese ha sido el motivo por el que hecho cosas que no quería, cosas de las que me avergüenzo y me arrepiento, pero sigo negando esos aullidos interiores antes que decir «no» a alguien. Sé que eso afecta a mi relación con Dios, porque con él hago lo mismo -o decirle que sí por contentarlo, o darle largas con buenas palabras-. Esta necesidad de agradar me hace estar muy descontenta en la vida, siempre fingiendo, siempre con mi sonrisa de plástico y mi úlcera de estómago... Reconozco que no sé cómo

salir de aquí, que este modo de vivir descansa sobre una mentira que me tiene cogido.

Reconozco que estas formas de vida espurias me alejan de la verdadera vida. Reconozco que sería un descanso podértelo dejar todo, Jesús, y que me dieras a cambio «tu yugo suave y tu carga ligera» ... Ayúdame, Jesús, voy a ir a tí como nos dices. Reconozco que no puedo vivir mi vida sin contar contigo.

*

Reconozco que soy infiel en las relaciones importantes de mi vida. Infiel porque pienso mal; infiel porque echo pestes y me siento superior por dentro, pero luego no digo nada; infiel porque mi corazón no pertenece a una sola persona, sino que «se va» buscando otros amores, otras caricias, otras complicidades. Reconozco que soy infiel porque no es solo que a Dios no le dé lo mejor de mi corazón, lo primero, sino que a veces, sobre todo si no hay testigos, no le doy ni las migajas. Reconozco que soy más infiel a Dios de lo que soy a las personas, que ya es decir.

Reconozco que mi oración es pobre, mi relación con Dios en general es pobre y que yo misma soy pobre, aunque aún me ocurre muchas veces que me cuesta reconocerlo. Reconozco que esta pobreza se me va haciendo tesoro, porque he descubierto que Dios es Riqueza y yo pobreza, y esto lo sé porque tú, Jesús, me lo has enseñado.

Reconozco que he usado un doble rasero, conmigo y con los demás. Reconozco que eso me ha hecho mucho daño, porque era hipócrita hacerlo así, pero también porque me ponía a mí en el lugar de Dios y falseaba mi modo de situarme ante todo y ante todos, ante Dios en primer lugar. Reconozco que me fue muy doloroso admitirlo y que aún descubro en mí esta tendencia, y también que procuro equilibrarla a base de irme al lado contrario, a base de pedir luz a Dios para los demás y para mí, a base de mirar a los demás como creo que Dios los mira.

Reconozco que el abrirme a otras personas, el mostrar necesidad, el haberme roto y haber encontrado hermanos que me recogieran me ha liberado de mí misma y me ha permitido relacionarme desde mi fragilidad. Reconozco que esta experiencia,

que fue tan dolorosa, me ha revelado otro modo de relacionarme, que sabe a vida.

Reconozco que, cuando perdono, cuando tu perdón pasa a través de mí para derramarse sobre los demás, la vida es otra, la vida es nueva. Reconozco que tu perdón me ha transformado la vida. Te pido que me entregues tu perdón para establecer con mis hermanos relaciones nuevas.

Reconozco que, habiendo sido tan amada, quiero solo a los cuatro que me rodean y que mi corazón se resiste a dejarse ir más allá, a darse gratis.

Reconozco que me he defendido de tu Palabra, de tus promesas, de tu mirada sobre mí.

Reconozco que he creído más lo que yo entiendo, conozco, valoro, que tu Palabra, que es Luz, Camino, Verdad y Vida para mí vida.

Reconozco, Jesús, que al empezar a acercarme a ti me está cambiando la vida. Reconozco que no puedo vivir mi vida sin contar contigo.

*

Reconozco, Jesús, que, cuando te entrego estas cosas, me abro a la realidad de un modo más humilde, menos defensivo, más desprotegido, que me pacifica y me alegra.

EL CONFLICTO CON LOS FARISEOS⁵

En Mt 11,16-19 y 11,20-24 ya ha aparecido una cierta hostilidad y cerrazón ante el mensaje de Jesús. Allí Jesús recrimina, tanto a “esta generación” como a las ciudades donde ha obrado milagros, su actitud de increencia ante lo que ven sus ojos.

A partir del capítulo 12 se observa un incremento en esta cerrazón por parte de dos grupos: escribas y fariseos. Es más, en Mt 12,14 ya confabulan matarlo, actitud que no es nueva (Mt 9,9-13). De hecho, algunos de los milagros operados por Jesús estaban marcados por la controversia (Mt 9,2-8).

⁵ Texto extraído, con algunas alteraciones, de: MARTA GARCÍA FERNÁNDEZ, Mateo, Estella (Navarra), Verbo Divino, 2015, p. 160-174.

EL SÁBADO DE JESÚS (MT 12, 1-21)

En torno al sábado Mateo describe dos episodios: el de los discípulos arrancando espigas en sábado (Mt 12,1-8) y el de la curación del hombre del brazo paralizado (Mt 12,9-14). En ambos Jesús pone por delante la dignidad del ser humano frente a la norma.

HAMBRE EN SÁBADO (MT 12,1-8)

Recordando Mt 11,25-26, se puede pensar que los “sabios y entendidos” son aquí los fariseos, que no entienden a Jesús, mientras que los discípulos son la “gente sencilla” a quien Dios se revela.

El contraste está en el criterio de ambos: mientras los discípulos arrancan espigas por necesidad (hambre), los fariseos no consideran este factor, tan humano, sino solo que lo hacen en sábado: la ley como algo absoluto que está por encima de la persona.

Jesús utiliza tres argumentos en su respuesta: los dos primeros tienen en cuenta la necesidad: EL DE DAVID Y SUS HOMBRES que comieron, por hambre, los panes que tenían prohibido comer porque solo los sacerdotes podían comerlos, y EL DE LOS SACERDOTES, que trabajan en el templo el sábado, cuando estaba prohibido hacerlo, sin ser culpables, pero al más importante es el tercero: “AQUÍ HAY ALGO MÁS GRANDE QUE EL TEMPLO”. ¿Qué es?

En el momento en que se escribe el evangelio de Mateo el templo había sido destruido (70 d.C.). En este contexto, ya no era posible la referencia al mismo como centro de culto, de modo que Jesús ofrece otra clave o referencia: LA MISERICORDIA DE DIOS apoyándose en Os 6,6: “Misericordia quiero y no sacrificios”. Si comprendierais esto, les dice Jesús, “no condenaríais a los que no tienen culpa”. La misericordia, a imitación de la de Dios, era algo nuclear y normativo en la Torá y criterio verdadero del cumplimiento del sábado, pero los fariseos la habían substituido por la norma, absolutizando la prohibición de hacer cualquier cosa en sábado.

Y como último argumento, JESÚS SE ARROGA EL SEÑORÍO SOBRE EL SÁBADO: “Porque el Hijo del hombre es señor del sábado”, como también aparece en Mc 2,28.

CURACIÓN EN SÁBADO (MT 12,9-14)

La controversia con los fariseos sigue, ahora en la sinagoga y sobre el mismo tema: lo que se puede o no hacer en sábado, controversia que los llevará a decidir “acabar con él”.

El objetivo de los fariseos, al preguntar a Jesús: “¿Es lícito curar en sábado?”, no es saber, sino acusarlo. Jesús responde con otra pregunta sobre un tema que circulaba por los diferentes grupos del judaísmo y que contiene en sí misma la respuesta, pues da por hecho que los fariseos actuaban así, y que va en la línea del “misericordia quiero más que sacrificios” (Os 6,6).

“¿Quién de vosotros que tenga una sola oveja, si esta cae en un hoyo en sábado no la agarra y la saca? Pues bien, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja!”

Un detalle importante en el diálogo. Los fariseos preguntan: “¿ES LÍCITO CURAR?”, mientras que Jesús responde diciendo: “ES LÍCITO HACER EL BIEN”, con lo que afirma que es legítimo ayudar a una persona en sábado siempre y no solamente en un caso extremo. Algo semejante hace Jesús en la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37): a la pregunta del letrado “¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?” Jesús responde con otra: “¿QUIÉN SE HIZO PRÓJIMO?”, dando a entender que no se trata de definiciones, sino que la pelota está en nuestro tejado y tenemos la posibilidad de “hacernos prójimo” de quien nos encontremos, pues siempre es “lícito hacer el bien”. El recurso a la norma absolutizada que “prohíbe” es un modo fácil de huir del compromiso refugiándose en el argumento de que “está prohibido”, “tengo cosas urgentes que hacer” o “a mí no me toca”.

Jesús cura al hombre del brazo seco y lo hace delante de todos, sin el más mínimo intento de esconderse para que no le vieran, lo que provoca una reacción furibunda de los fariseos que deciden “acabar con él” (v. 14). Una vez más se manifiesta la cerrazón de estas personas que no captan los signos del Reino y lo rechazan.

Para Jesús, la moral ha de centrarse no en la ley, considerada sagrada e intangible, sino en el hombre. ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja!, y nosotros estamos de acuerdo. Sin embargo, cuando se pierde de vista la causa del hombre, se llega al absurdo de sacrificarlo en virtud de la ley o de cualquier otro argumento, también hoy.

La consecuencia de considerar la ley por encima del hombre es el juicio condenatorio con el que dividimos a los hombres en justos y pecadores. El absurdo al que llega la obcecación farisea por la ley es que se puede hacer el bien a una oveja, pero no se le puede hacer a un hombre enfermo porque es pecador (en la época se consideraba cualquier enfermedad como castigo de Dios). Al curar, Jesús no solo proporciona la salud física, sino que manifiesta que el amor de Dios por el hombre está por encima de la ley, por eso, en algunos casos, además de curar una enfermedad, perdona los pecados, haciendo ver que la liberación que trae es total, la que solo puede dar Dios, no la que puede proporcionar un curandero o médico.

JESÚS, EL SIERVO DE YAHVÉ (MT 12,15-21)

Jesús se retira de allí, pero sigue curando (v. 15), lo que da a entender que no se achata ante la presión de los fariseos. Y de repente, Mateo pone en boca de Jesús un texto del siervo de Isaías (v. 18-21), actualizándolo y refiriéndolo a Jesús:

Mirad, mi hijo, a quien elegí, mi amado, en quien mi alma se complace. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el juicio a los paganos. No altercará, no gritará, y nadie oirá su voz en las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo humeante no lo apagará hasta que haga triunfar el juicio. Y en su nombre podrán las naciones su esperanza (Mt 12,18-21).

¿Por qué lo hace? Porque expresa y resume la identidad y misión de Jesús. En él:

- *Se recuerda la filiación divina de Jesús y su envío por el Padre, confirmado en su bautismo en el Jordán.*
- *Se dice que ha sido enviado a todos, también a los paganos, de modo que todas las naciones pondrán en él su esperanza.*
- *Se indica el modo no violento de llevar adelante Jesús el proyecto de Dios y que tendrá éxito (v. 19),*

NUEVAS CONTROVERSIAS CON LOS FARISEOS (MT 12,22-50)

¿BELCEBÚ O EL ESPÍRITU DE DIOS? (MT 12,22-37)

Ante la curación de endemoniado ciego y mudo, se reaviva la polémica, ahora centrada en con qué poder actúa Jesús, lo que tiene que ver con su identidad.

Mientras que la multitud, asombrada ante sus signos, se pregunta: “¿No será este el Hijo de Dios?”, los fariseos indagan por su procedencia y su afirmación es asombrosa: “Este echa los demonios por el poder de Belcebú, el jefe de los demonios”.

En un primer momento Jesús argumenta con ellos desde la lógica: si una familia o un reino están divididos no podrán subsistir, y lo mismo le sucedería a Satanás, algo fácilmente comprensible, pero su mayor argumento no es este, sino el que se sitúa a otro nivel según el cual, si en lugar de hacerlo por el poder de Belcebú:

*“Yo (Jesús) echo los demonios con el Espíritu de Dios
es que ha llegado ya a vosotros el Reino de Dios.”*

Estas palabras de Jesús plantean la cuestión de cuál es la postura de los fariseos ante los signos (que llamamos milagros) que vienen de Dios. El tema es de gran densidad y hondura, pues si el Reino viene de Dios, atribuir los signos del Reino a Belcebú es, simple y llanamente rechazar absolutamente lo que procede de Dios y, en consecuencia, a Dios mismo, y esto es muy grave.

*Ante los signos del Reino, la persona tiene que situarse: u opta por reconocerlos y convertirse, o los rechaza absolutamente, lo que es pecado contra el Espíritu Santo, porque **ATRIBUYE AL DIABLO LO QUE VIENE DE DIOS, Y ESO, EL RECHAZO, NO PUEDE SER PERDONADO.** Todo tipo de pecado, incluso contra el Hijo del Hombre (Jesús) será perdonado, pero no el que sea contra el Espíritu, por la actitud global y definitiva de rechazo que manifiesta.*

¿En qué consiste, entonces, la blasfemia contra el Espíritu Santo? En rechazar el Reino que llega a través de Jesús y se manifiesta a través de sus signos. Esto es mucho más grave que cualquier otro pecado e, incluso, que el rechazo al propio Jesús.

*En la misma línea se sitúa la imagen del árbol bueno y malo: así como el árbol bueno no puede dar frutos malos, **LOS FRUTOS O***

SIGNOS QUE HACE JESÚS EVIDENCIAN QUE VIENE DE DIOS, pues es imposible que, de Belcebú, el príncipe de los demonios, venga algo bueno, como es todo lo que Jesús dice y hace. Del mismo modo, de las cosas malas y absurdas que dicen, se deduce la maldad de los fariseos, “pues de lo que rebosa el corazón habla la boca (v. 34).

LA SEÑAL DE JONÁS (MT 12,38-45)

Cuando algunos letrados y fariseos (el círculo de opositores a Jesús se alarga) piden una señal a Jesús, él responde:

*“¡Una generación perversa y adúltera pide señales!
Pues no se le dará más señal que la del profeta Jonás.”*

¿Qué señal es esta? No parece que estos hombres le pidan milagros (los acaban de ver), sino una señal de quién es, de su identidad. Ante esto, Jesús declara la infidelidad de Israel, el pueblo elegido, a Dios: “generación perversa y adúltera” y lleva al extremo la situación al ofrecerles como única señal su muerte y resurrección, evocando el episodio de Jonás que pasó tres días y tres noches en el vientre del monstruo hasta ser expulsado del mismo.

Jesús actúa así porque no aceptan las señales que Dios les da, indicio claro de su cerrazón y obstinación, y lo mismo sucederá ante su resurrección (recordar cómo sobornan a los soldados para que dijeran que el cuerpo de Jesús fue robado). Y para hacer ver hasta qué punto llega su cerrazón, pone dos ejemplos de personas que creyeron a partir de personajes de mucho menos peso que Jesús:

- LOS NINIVITAS, que se enmendaron con la predicación de Jonás, siendo que Jesús es más que Jonás.*
- LA REINA DEL SUR, que vino de lejos a conocer la sabiduría de Salomón, siendo que Jesús es más que Salomón.*

Ambos eran paganos y se abrieron a la salvación por mediación de un profeta (Jonás) o de un rey sabio (Salomón), mientras que Israel, pueblo elegido por Dios, rechaza al hijo de Dios, a Jesús, cuando debía de ser al contrario.

LA FAMILIA DE JESÚS (MT 12,46-50)

En este contexto y frente a la hostilidad de algunos grupos, Jesús indica lo que define realmente a las personas con relación a él: el seguimiento (discipulado) o el rechazo, es decir: escuchar,

acoger y seguir a Jesús, que da signos de que viene de Dios, o no hacerlo. Los letrados y fariseos lo rechazan, mientras que los que le acogen y siguen, más allá de los lazos familiares, entablan con él un tipo de relación familiar que se fundamenta en otros lazos, los del seguimiento. Lo definitivo no es el parentesco, sino EL SEGUIMIENTO DE JESÚS, que hace signos que hablan de que procede del Padre.

En diversas ocasiones el evangelio de Mateo hace ver que ser cristiano no es una cuestión nominal ni de lazos institucionales, sino existenciales (mejor decir teologales) que son los que marcan la frontera entre ser o no ser de la familia de Jesús. Lo distintivo es vivir, como él, polarizados por la voluntad del Padre. Vivir así es el signo que define la pertenencia a la familia de Jesús: “Venid benditos de mi Padre... (Mt 25,31-46).

CONCLUSIÓN

Concluimos aquí el tema “IDENTIDAD DE JESÚS Y REACCIONES A SU PERSONA” (Mt 11-12). Conviene observar la secuencia: después de ESCUCHAR A JESÚS: el Sermón de la Montaña (Mt 5-7) y VER LO QUE HACE: los diez milagros (Mt 8-9), vamos conociendo SU IDENTIDAD, y observando cómo sus palabras y acciones repercuten en quienes le escuchan y provocan un conflicto con los fariseos, que se irá agravando y será determinante para su condena a muerte.

Nuestro próximo comentario se centrará en el TERCER DISCURSO DE JESÚS y lo que le es propio: LAS PARÁBOLAS SOBRE EL REINO (Mt 13). Con lenguaje sencillo y referencias a la vida ordinaria y a la experiencia de la gente, Jesús nos muestra cómo es el Reino, que él encarna y refleja. Las parábolas de la semilla, del trigo y la cizaña, de la red de pesca, del grano de mostaza, de la levadura y del tesoro escondido, nos iluminarán sobre quién es y cómo trabaja Dios y nos ayudarán a vivir como cristianos en el contexto social en que estamos insertados.

Pedimos al Espíritu Santo que nos siga acompañando en este caminar por el Evangelio de Mateo.

Hasta pronto. Un abrazo.

Carlos Rey - SDB